

FERNANDO PAIRICAN, *Malon. La rebelión del movimiento mapuche 1990-2013.*

Santiago, Pehuén Editores, 2014, 420 pág.

Este libro de Fernando Pairican publicado el año 2014, es sin duda un texto fundamental para entender la historia reciente del movimiento mapuche. Es, además, un serio intento de construir un relato donde se exprese la voz de sus propios protagonistas y, por lo tanto, una mirada del movimiento mapuche desde la subalternidad.

El libro reflexiona sobre el surgimiento de un nuevo movimiento mapuche que se separa del antiguo, planteándose cierta ruptura que gira en torno a un concepto que lentamente había ido desplegándose en un periodo anterior, el de autodeterminación y autonomía.

Para establecer el origen del nuevo movimiento, el punto de partida de este nuevo relato o el fin del antiguo, el autor aborda un hecho que condensa todas estas posibilidades: el Acuerdo de Nueva Imperial de 1989, el cual no logra materializarse en la posterior y fracasada transición democrática. Es esta tensión que surge de las expectativas no cumplidas la que permite el surgimiento dentro del movimiento mapuche de dos protagonistas que serán claves y que caracterizarán al nuevo movimiento: *Aukiñ Wallmapu Ngulam* y la Coordinadora de Comunidades en Conflicto Arauco-Malleco (CAM).

En esta historia reciente, Fernando Pairican destaca dos hechos que dan un vuelco a una visión de la historia mapuche continuista: la crea-

ción de la *wenufoye* o bandera mapuche en 1992, y el incendio de tres camiones en la localidad de Lumaco, en 1997. Este último hito “marcó un punto de inflexión en la historia del movimiento e inclusive en la historia del pueblo mapuche” (19).

Por otro lado, “no es posible comprender el surgimiento del movimiento mapuche sin entender el complejo escenario de la llamada transición democrática” (20). Esto es, las promesas incumplidas del Acuerdo de Nueva Imperial, especialmente el reconocimiento constitucional de los pueblos indígenas; estos incumplimientos bloquearon la vía pacífica de negociación tradicional del movimiento mapuche con el Estado y gatillaron las posturas más radicales dentro del movimiento.

La ley indígena de 1993, expresa claramente esta ambigüedad en la interpretación de los hechos históricos que poseen diversos sentidos según Pairican. La ley indígena fue vista en su momento como un gran logro por las organizaciones indígenas, expresión de toda una tradición anterior de negociaciones y acuerdos del movimiento indígena con el Estado. Pero esta fue reevaluada rápidamente como un fracaso y sentenció el agotamiento de la vía institucional-política. Con la ley indígena diversos dirigentes mapuche que se habían jugado por la vía de acuerdos pacíficos con el Estado, fueron desplazados del centro del debate.

Los años noventa se caracterizaron por la emergencia y consolidación de nuevos actores dentro del movimiento mapuche. “A partir de 1997, aparecen la CAM y la identidad Territorial Lafquenche en 1999. Y más el Consejo de Todas las Tierras se apoderaron del escenario del movimiento mapuche, desplazando a otros grupos y organizaciones” (22). Consolidándose de este modo el desplazamiento de organizaciones tradicionales mapuche, como *Ad Mapu*.

Fernando Pairican señala que entre el año 2003 al 2013, “el movimiento mapuche se caracterizó por la disputa de dos lineamientos políticos en post de conquistar la autodeterminación” (Ídem). Por un lado, la vía política, que respeta la institucionalidad del Estado y busca lograr espacios progresivos de autonomía. Esta vía valora especialmente la participación en las elecciones municipales, y busca fundamentalmente, el reconocimiento constitucional como pueblo por parte del Estado.

La vía política recoge la larga tradición negociadora del movimiento mapuche, tendencia que está encabezada actualmente por el Alcalde de Tirúa Adolfo Millabur, y se vio respaldada por el triunfo de cuatro alcaldes mapuche el 2012. Por otro lado, se levanta la vía rupturista a la autodeterminación o movimiento mapuche de resistencia. Este movimiento está encabezado principalmente por la Coordinadora Arauco-Malleco clandestina.

De este modo, Pairican quiere mostrar que el movimiento mapuche es una realidad compleja, en su interior existen tendencias contradictorias que no pueden ser caricaturizadas como expresiones de mera violencia, sino que en

ese movimiento existen “importantes tensiones internas, fragmentaciones y también pugnas dirigenciales” (28). Diversas voces se entrecruzan en el relato del autor, en una forma de polifonía en torno al conflicto con el Estado, voces que hablan y luchan por la autodeterminación y control territorial, voces que buscan la negociación y acuerdos parciales, y voces que son mezclas de ambas posiciones.

Dentro de la formación de un nuevo movimiento mapuche, se destaca el rol de *Pegun Dugun* de Arauco, desde donde salieron los futuros dirigentes de la Coordinadora Territorial Lafquenche, la Coordinadora Territorial Arauco de Malleco y Cautín y posteriormente la CAM. Así, estos jóvenes formados en torno a *Pegun Dugun* llenaron el vacío político dejado por *Ad Mapu*, CTT y otras organizaciones tradicionales. Lo interesante de *Pegun Dugun*, es que, por un lado, produjo un desplazamiento territorial del movimiento mapuche de Temuco a Arauco, y más específicamente a Tirúa y, por otro lado, una cierta influencia de la iglesia Pentecostal que sin duda refuerza la idea de una nueva comunidad, como plantean C. Lalive d’Epinay y H. Tennekes, y le dan a la nueva dirigencia un carácter más ascético y militante.

Las figuras de José Huenchunao, José Llanquileo, Adolfo Millabur, todos originarios de *Pegun Dugun*, mostraban la cara de una nueva dirigencia que emergía dentro del movimiento mapuche, en ruptura con una dirigencia cooptada por el Estado y alejada de las demandas de las comunidades en conflicto. Desde el hogar mapuche impulsaron recuperaciones simbólicas de tierras para que llegara CONADI y así negociar los predios en disputa.

Dentro de este proceso de renovación de la dirigencia mapuche y del agotamiento de la vía pacífica de negociaciones con el Estado, surgió otro hecho histórico que para Fernando Pairican es clave en esta renovación: la quema de los camiones en Lumaco, que significó un cambio radical de rumbo, un antes y un después en las negociaciones con el gobierno. Este hecho marcó el detonante organizativo de la Coordinadora Arauco Malleco, un hito fundacional, según José Huenchunao, que marcó el paso de ocupaciones simbólicas de tierras, a recuperaciones efectivas con control territorial, buscando la autonomía.

La CAM se formó en base a las comunidades en conflicto y rescatando las autoridades políticas tradicionales del pueblo Mapuche, los *longko*. Pero este intento de rescatar la autoridad de los *longko*, se vio sobrepasado por los propios dirigentes de la generación *Pegun Dugun* que entraron en conflicto con este liderazgo tradicional y exigían un liderazgo más confrontacional, más radical. Lo que llevó paulatinamente a la CAM a recrear un viejo actor político de su nación, los *kona* o guerreros. Y darles un rol protagónico desplazando a los *longko*.

En este sentido, el año 1999 es clave para Pairican. Las protestas se intensificaron, la violencia desde la CAM escaló, se consolidó cada vez más el liderazgo de la Coordinadora Arauco Malleco y la identidad territorial Lafkenche. Y esto se expresa el 14 de enero de ese año, cuando sesenta comuneros y comuneras de Temulemu emboscaron a dos camionetas forestales. Emergieron los guerreros de la CAM, disciplinados y utilizando tácticas militares que reaparecían en

la historia presente del pueblo Mapuche: “No basta con la compra de un par de fundos a la empresa forestal, arengaba desde la CAM José Huenchunao, mientras reocupaban y daban por finalizada la vía pacífica para recuperar la hacienda LLeu-LLeu” (155).

Frente a esta situación, el gobierno y los tribunales reaccionaron violentamente con detenidos y órdenes de detención contra la CAM, pasando sus integrantes a la clandestinidad. De esta forma, la CAM se plantea en directa confrontación con el Estado chileno y sostiene como eje central de sus demandas la restitución de las tierras usurpadas y el control autónomo de las mismas. La organización acusaba al resto de las organizaciones mapuche de estar encerradas en una discusión secundaria en torno a la validez del Acuerdo de Nueva Imperial o de la ley indígena y por tanto seguir subordinada al Estado, cuando era el momento histórico de pasar a una nueva etapa o relación. Porque de las cenizas de Lumaco había nacido un nuevo movimiento mapuche.

Esta postura rupturista de la CAM, la hizo aislarse y separarse de las otras organizaciones mapuche y de comunidades que no compartían esta postura radical y mantenían la negociación con el Estado. El paso a la clandestinidad significó un mayor aislamiento de las comunidades. Así, a pesar de buscar la CAM constituirse en el vocero de “nuestro pueblo, como una sola voz, como una sola fuerza, en la práctica sus críticas al resto de las organizaciones, fortalecieron la división del movimiento mapuche” (168). Esta vez el año clave fue 2001.

La alternativa entre clandestinidad o trabajo políticamente público, tensionó a la CAM y esto permite comprender las futuras escisiones al interior de la misma. La CAM proponía iniciar un proceso de liberación nacional mapuche, recomponiendo el *lof* como espacio territorial y estableciendo un control del mismo. Y a pesar que reconocían la existencia de otras propuestas, las cuestionaban por estar enmarcadas en una integración forzada o de autonomía controlada por el Estado.

Pero la militarización de los territorios mapuche, detención de dirigentes de comunidades y la clandestinidad, se tradujo en el aislamiento y cuestionamiento de la línea impuesta, y la emergencia de disidencias al interior de la CAM. El haber profesionalizado la organización, con militantes clandestinos, fue algo arriesgado, ya que la separó de las comunidades que en un inicio los apoyaron.

Así, no se pudo equilibrar la tradición con las nuevas formas de organización, esto significó que los *longko* no lograron asumir el desafío que imponía la CAM. Los *Weichafe* son la expresión de ese militante disciplinado que lucha por la restitución territorial, por la autodeterminación. Es un militante a tiempo completo. La aparición de los *Weichafe*, que tuvo un rol fundamental en la consolidación y efectividad de la CAM, se volvió contra ella. Esto es, en sus orígenes los militantes de la *Pegun Dugun* se caracterizaban por su relación con las comunidades, escuchando a los ancianos y autorida-

des tradicionales, pero el *weichafe* se transforma en un cuadro político de nuevos tiempos, en una vanguardia, en una elite.

La clandestinidad de por sí rompe los vínculos y las confianzas de un pueblo acostumbrado al dialogo y conversaciones públicas. Esta cultura tradicional se opuso a la renovación política de la CAM. Toda esta situación, la pérdida de dialogo, la ceguera política, la lucha del poder la llevaron a un colapso, expulsiones y disidencias. Esta lucha interna, implicó que la política entendida solo como guerra y exclusión llegaba igual que la vía pacífica, a su agotamiento. De tal modo que: “Luego de quince años de construcción política, el movimiento mapuche afrontaba al Estado dividido y con pugnas que hacían difícil una reconciliación” (345).

La utopía autodeterminista utilizó diversos mecanismos o estrategias, “desde la vía política, a través de los municipios, comisiones, diálogo con los gobiernos, y por supuesto, la movilización que sobrepasó la legalidad, como la recuperación simbólica, el control territorial y la violencia política” (346). Las demandas generales del movimiento mapuche por autodeterminación implicaban un uso de diversas estrategias y no solo una. El movimiento mapuche rupturista se encerró en privilegiar la vía confrontacional, de oposición a toda negociación con el Estado, una guerra que, entre otros componentes, implicó sectarismo y fundamentalismo desconociendo el componente heterogéneo del movimiento mapuche.

Las principales conclusiones del texto de Fernando Pairican

En primer lugar, el movimiento mapuche se transformó en una de las protestas más persistentes y extensas en el Chile pos-Pinochet. Y a diferencia de otros movimientos, la utopía mapuche problematiza la construcción y las características mismas del Estado chileno que está pensada desde una sociedad monocultural, discriminadora y racista. Y donde la idea de un Estado plurinacional podría ser una de las soluciones a este largo conflicto.

En segundo lugar, el movimiento mapuche actual entró en ruptura con el movimiento tradicional poniendo como eje la noción de autodeterminación y autonomía, y comenzando a escribir una nueva época histórica del pueblo Mapuche.

En tercer lugar, se destaca el rol de la CAM, que permitió nutrir al movimiento mapuche de una impronta de resistencia, de radicalidad necesaria para derribar las estructuras que mantuvieron la opresión del pueblo Mapuche. Sin duda, este no es solo un logro de la CAM sino que es un triunfo colectivo de comuneros y organizaciones mapuche en general. Pairican insiste en que la lucha por la autodeterminación es un proceso de construcción colectivo, multi-dimensional y amplio. Un entramado complejo. Y dentro de ese proceso la lucha por la vía rupturista fue un aporte en la descolonización del pueblo Mapuche, y su principal logro ha sido la mapuchización de sus habitantes.

En cuarto lugar, a la vez que Pairican destaca este aporte de resistencia desde la vía rupturista de la CAM, que permitió sin duda, avances significativos para las comunidades en conflicto y una visibilización no conocida, señala que también trajo consigo una fuerte represión y judicialización del movimiento mapuche, y el alejamiento de los dirigentes en la clandestinidad de las mismas comunidades. Esto significó, como efecto contrario, un declive de la vía rupturista y la revalorización de la vía política que siempre ha estado presente en la cultura política del pueblo Mapuche.

Como punto de término, Pairican evalúa que tanto la vía política como la vía rupturista, unidas, han forzado al Estado a realizar concesiones al pueblo Mapuche. De manera tal que el movimiento mapuche debe buscar la unidad, “crear un frente político mapuche que reúna en una sola fuerza, las aspiraciones autonómicas de sus habitantes” (368). Por tanto, es necesario comprender que estas dos vías no son contradictorias, sino complementarias.

Este libro realmente complejo y con audaces interpretaciones, es en este momento lectura obligada para entender la actual situación del movimiento mapuche, sin prejuicios.-

Francisco Vergara E.
Escuela de Antropología, Universidad
Academia de Humanismo Cristiano